

PLINIO, EL JOVEN

“La lengua de fuego, que lentamente devoraba la ciudad desde el amanecer, estaba ahí, implacable. Las gentes corrían despavoridas bajo un cielo gris cubierto de cenizas. La ira de los dioses castigó sin piedad la arrogancia de los hombres” - dijo con la mirada fija en el horizonte y sin pestañar – “Yo tuve suerte, alguien me subió a un caballo y pude escapar”.

Mientras las auxiliares y los bomberos sacaban presurosos a los ancianos de la residencia, Plinio el joven cabalgaba por la orilla del mar, sintiendo cómo la brisa desordenaba sus cabellos.

Jesús Claver Giménez